



Marcela Sánchez
Trabajadora Social, Universidad Nacional de Colombia.
Directora Oficina de Género Profamilia-Colombia

Entre la experimentación, el amor y el riesgo

El camino de la negociación sexual entre adolescentes sexualmente activos¹

“... Tenemos que desmontar la misoginia juvenil y establecer una revaloración de las mujeres jóvenes. Creo que tenemos que aplicar muchos mecanismos de acción positiva para las mujeres jóvenes ... apoyar el desarrollo específico y el reconocimiento a su autoridad y a sus saberes. Eso es clave”.

Marcela Lagarde²

¿Cuáles son los significados que adquiere la negociación sexual entre los y las adolescentes? ¿Implica tomar o no riesgos, tener relaciones sexuales, ganar o perder prestigio, mantener el amor? ¿Son equiparables los intereses de hombres y mujeres jóvenes? ¿Buscan relaciones más equitativas a través de la negociación? ¿Salen fortalecidos o fortalecidas y se cualifica la relación aún sin conseguir su objetivo? ¿Se potencian los derechos de ambas partes en la negociación y se fortalece su proceso de empoderamiento? ¿Tienen el mismo peso los beneficios o consecuencias negativas que asumirían hombres y mujeres jóvenes una vez alcanzado el acuerdo mutuo?

1 Este artículo hace parte de los resultados de la investigación “La Percepción del Riesgo y los procesos de negociación relativos a la prevención de embarazos no planeados y las Enfermedades de Transmisión Sexual entre adolescentes sexualmente activos”, realizada por PROFAMILIA con el apoyo de la Organización Mundial de la Salud-2002. La muestra del estudio se compuso de 64 jóvenes (40 fueron entrevistados y a 24 se les aplicó la técnica free-list). Entre los criterios de selección se encuentran: que fueran sexualmente activos, residentes en Bogotá, sexo (hombres y mujeres), escolaridad (escolarizados o no), edad (13-15 años y 16-19). El contacto se realizó a través de PROFAMILIA mediante diferentes estrategias: jóvenes que acudieran en búsqueda de servicios, especialmente mujeres, jóvenes que asistieran a talleres sobre sexualidad, dentro o fuera de PROFAMILIA, e instituciones no gubernamentales que trabajaran con jóvenes y solicitaran apoyo para talleres de sexualidad.

2 Entrevista realizada por Gabriela Cob y Fernando Francia para Habitación Propia, Costa Rica, 2003.



Es importante también hacerle algunas preguntas al contexto: ¿qué tan dueños de sus propios cuerpos son los y las adolescentes?³ ¿De cuánto capital informativo disponen? ¿Qué tan legítimos socialmente son sus reclamos? ¿Con cuánto apoyo por parte de la familia cuentan? ¿Qué servicios y programas de salud ofrecen el Estado y las ONG para poder ejercer sin riesgos la sexualidad? Todas estas preguntas son importantes si pretendemos que de un proceso de negociación sexual entre adolescentes, no sólo se deriven menores cifras de embarazos precoces o menor prevalencia de ITS (Infecciones de Transmisión Sexual, entre ellas el VIH/SIDA), sino que fundamentalmente se contribuya a la transformación de estas personas en sujetos autónomos, con capacidad de decidir sobre sus propias vidas en igualdad de condiciones. Este artículo pretende dar algunas pistas sobre este asunto.

Pre-condiciones de la negociación

Se parte de la idea que entre las parejas de jóvenes, así como en las de adultos, existe un proceso de negociación sexual, independientemente de sus procedimientos o resultados, es decir, las parejas llegan a acuerdos tácitos o explícitos mediante una comunicación abierta y franca, o incluso a través del silencio. Sin embargo, la eficacia de la negociación en términos de propiciar la reducción de cualquier riesgo, va a depender de distintos factores comunes a los grupos entrevistados como el tipo de pareja, el contexto en que se desarrolla la relación sexual, las motivaciones para tenerla, los escenarios de interacción del o de la adolescente y de características particulares dadas por el grupo de edad o el nivel de escolaridad.

Tal como se desarrollará más adelante, se puede afirmar que los y las jóvenes perciben principalmente el riesgo de embarazo, pero pocas veces ponen en práctica actividades de prevención para evitarlo, pues la negociación tiene como trasfondo las futuras reacciones mutuas frente a un posible embarazo y los costos diferenciales de este evento como ITS o embarazos para hombres y mujeres jóvenes.

3 Una de las pérdidas más traumáticas para las adolescentes es la capacidad de vivir con fuerza y plenitud en su propio cuerpo "...muchas chicas entienden los cambios físicos que se producen en ellas no como experiencia que las fortalece, sino como pérdida de control". A los hombres jóvenes se les alienta a conocer su cuerpo y a explorarlo, y mientras la primera eyaculación es sinónimo de poder y prestigio, la primera menstruación, a menudo, es sinónimo de incomodidad, limitación, pérdida de control, posibilidad de reproducirse. DEBOLD, Elizabeth y otras. *Del poder a la traición*. En. La revolución de las relaciones madre hija, España, Paidós, 1994.



Sin embargo, el riesgo de contraer ITS se percibe más fuertemente entre parejas casuales⁴ porque su escasa comunicación reduce las posibilidades de prevención, y aunque se esperaría que en parejas más estables de noviazgo haya mayor asunción de comportamientos de prevención -según el ideal moral de sexualidad tradicional que asocia riesgo a mayor número de parejas-, se puede constatar que se presentan más comportamientos de riesgo, pues en ellas se manifiestan con mayor fuerza ciertas prácticas culturales de riesgo asociadas a la identidad masculina y femenina y el ideal de amor romántico en el que se inscriben las relaciones de pareja.

A partir de los relatos, se puede inferir que los procesos de negociación en parejas de adolescentes son precarios y se ven notoriamente influidos por la necesidad de proyectar una imagen acorde con los ideales de ser hombre o mujer; que la percepción del riesgo al parecer no se conecta con prácticas preventivas porque correr el riesgo, muchas veces, se justifica, y porque no siempre las consecuencias de un embarazo se asocian con el deterioro de la propia salud, sino con las percepciones de los adultos sobre las consecuencias de tipo socio-económicas del embarazo.

Podría decirse que gran parte de los factores que están poniendo en riesgo la salud sexual y reproductiva de estos y estas jóvenes, provienen de los discursos adultos sobre los y las adolescentes y sobre las identidades de género que circulan a través de diferentes medios de socialización.

La transmisión de modelos de género inequitativos para las mujeres, la negación de la sexualidad de los y las jóvenes por parte de los adultos y la categorización que se hace de los mismos como personas “irresponsables” o que todavía no están preparadas para asumir su sexualidad, sitúan a los adolescentes en un escenario en el cual, ante una relación sexual, las consecuencias (como embarazos e ITS/VIH-SIDA) serán casi inevitables. Es decir, romper la norma sexual que equipara adultez a responsabilidad sexual,⁵ significará para muchos adolescentes correr riesgos en sexualidad que serían evitables.



4 Pareja casual es aquella con la que no se tiene una relación formal de noviazgo, ni de amistad, pero con la cual se puede tener al menos una relación sexual.

5 La creación de la categoría “joven” lleva implícita una condición de “poder”, pues se “enuncia la particularidad juvenil desde un modelo predeterminado de estadios, tiempos y momentos organizados en una coherencia lineal dirigida a la vida adulta...” SERRANO, José Fernando. *Ni lo mismo, ni lo otro: la singularidad de lo juvenil*. En. *Nómadas*, N° 16, Bogotá, DIUC, 2002.



Este discurso, que desde los adultos fragiliza la población juvenil,⁶ es retomado y aceptado por ellos como una realidad que guía y justifica gran parte de su comportamiento, confirmando la profecía autocumplida. Este discurso, a su vez, influye en la consideración del riesgo como algo típico de los y las jóvenes, imagen transmitida a los jóvenes y reproducida por ellos y ellas: “los jóvenes somos irresponsables y no nos gusta cuidarnos”, “ser joven es ser libre”, “cuidarse siempre es aburrido y los jóvenes no somos aburridos”, tal como dicen algunos de los entrevistados.

Los relatos muestran cómo las posibilidades de negociación se ven restringidas por los comportamientos ideales que deben seguir hombres y mujeres según los estereotipos de género tradicionales en la sociedad. Por ejemplo, las mujeres, para lograr el respeto de sus compañeros, deben ser “difíciles”, deben guiar sus relaciones sexuales y de pareja por el amor, deben ser fieles y deben saber y hablar poco sobre temas relacionados con la sexualidad. Los hombres, entonces, deben aprender técnicas de seducción y presión que faciliten y permitan que las mujeres tengan relaciones sexuales con ellos. Deben prometerles amor e insistir ante sus negativas, apoyados en lo que se espera socialmente de los hombres y que no es bien visto para las mujeres, como tener relaciones sexuales por “experimentar” o tener múltiples parejas, por ejemplo, ya que esto se considera como parte de la naturaleza de los hombres. Para ellos es importante sentirse con más experiencia que las mujeres en temas relacionados con la sexualidad, por lo que es a ellos a quienes corresponde el papel de “proponer” (tener relaciones sexuales, cuándo, dónde y cómo).

La conquista amorosa, base de la negociación

Para los y las jóvenes, el inicio de una vida sexual activa implica, ante todo, el aprendizaje de habilidades sociales propias de su contexto. Los hombres, por ejemplo, aprenden a distinguir a las mujeres con las que tienen sexo de aquellas con las que se establecerían relaciones formales; aprenden cuándo, cómo y con quién pueden tener relaciones sexuales. Significa, asimismo, que mientras más habilidades sexuales se tengan, mayor será el prestigio y el poder que se adquiriera entre sus compañeros.

6 El tema de fragilización social de algunas poblaciones es retomado de FERNÁNDEZ, Ana María. *Por la ciudadanía de las niñas*. Ponencia presentada en el Taller “Embarazo y maternidad adolescentes”, Oficina Regional de UNICEF para América Latina y El Caribe, Kingston (Jamaica), 3-7 de noviembre de 1997.



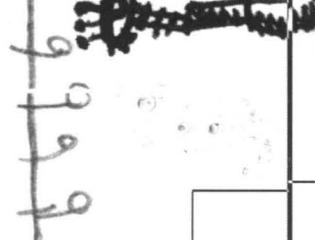
Teniendo en cuenta que en nuestra cultura las normas de masculinidad alientan al hombre a negar el miedo, la duda y cualquier sentimiento de vulnerabilidad, mientras que a las mujeres se les alienta a no ser vehementes, firmes ni impositivas, los testimonios recogidos nos permiten afirmar que si un hombre joven se ve involucrado en una negociación sexual, no sólo buscará conseguir a toda costa su objetivo, sino que todos los argumentos y estilos que usará, tendrán que controlar la situación, entre otras cosas, como una estrategia de conquista y de demostración de hombría ante la mujer a quien está enamorando.⁷

Este mismo libreto es conocido y aceptado por las mujeres jóvenes, quienes no sólo no quieren relacionarse con hombres aparentemente poco convincentes, sino que muchas veces se dejan convencer como una forma de no evidenciar una supuesta debilidad en el interlocutor.

Las estrategias de negociación

Aunque tanto hombres como mujeres jóvenes se han permeado del discurso actual que promueve la prevención del embarazo como responsabilidad de la pareja, en el momento en que pueda darse la negociación, ellos llegan con el presupuesto que debe ser la mujer quien debe cuidarse, teniendo en cuenta que son ellas las que se embarazan, deben asumir mayor responsabilidad por el cuidado de los hijos y las hijas y, en últimas, son quienes reciben mayor sanción social. Al mismo tiempo, la mayoría de mujeres, escolarizadas o no, esperan que la iniciativa para hablar de estos temas provenga de los hombres. Se produce entonces un desencuentro que afecta notoriamente las posibilidades de poner en práctica mecanismos de prevención, lo que indiscutiblemente genera desigualdades entre parejas que estén negociando protección. De otra parte, dado que la negociación adquiere un carácter inmediato y obviamente coyuntural (muchas veces se da justo en el momento de la relación), las posibilidades de llegar a acuerdos claros en materia de protección se reducen (sobre todo para las personas que menos poder y legitimidad tienen para negociar) y la búsqueda de

7 En el free-list realizado con un grupo de 24 jóvenes con las mismas características de los entrevistados en profundidad, las principales palabras asociadas a hombre joven, después de todo lo relacionado con cambios físicos, fueron en su orden las relativas a: búsqueda de experiencias, expresividad y alegría, irresponsabilidad, riesgo e inseguridad. Las palabras relacionadas con mujer joven fueron: responsabilidad y juicio, aspectos físicos, ternura y sensibilidad, riesgo, búsqueda de experiencias.



opciones en el momento se limita. Es allí donde se negocian de manera precaria, implícita o explícitamente, temas como tener la relación o no, utilizar el coito interrumpido, responsabilizarse por un eventual embarazo y continuar la relación de pareja después de la relación sexual.

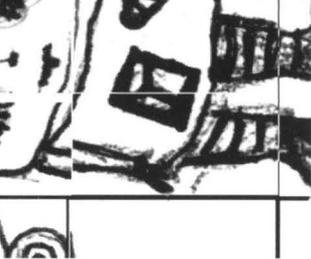
Así que si los y las adolescentes deben aprovechar cualquier veta que deja el contexto para poder tener una relación sexual, el tiempo es el mayor enemigo del uso de protección, que tendría mejores resultados si fuera optada después de una discusión amplia y profunda, donde se consideren todos los pro y contra de cualquiera de las alternativas que se tienen, sin ansiedad, sin premuras de tiempo, como supone cualquier proceso de negociación justa que lleve a toma de decisiones acertadas.

Ante la ausencia de métodos anticonceptivos en el momento de las relaciones sexuales, debido a que éstas algunas veces se dan sin planear, la negociación se plantea en términos de los roles sexuales tradicionales: ellas tienen la relación sin protección como prueba de amor, miedo a dañar un momento especial, temor a perder sus parejas, o porque insistir en exigir protección puede generar molestia en su compañero, lo cual sucede con frecuencia.

En estas condiciones, ellos prometen responder en caso de un posible embarazo, acuerdo con el que las mujeres se arriesgan a tener la relación sin protección. Cabe anotar que ese “responsabilizarse” puede no ser siempre explícito, pues se asume que por el solo hecho de conocerse de mucho tiempo, o tener una relación estable y de mucho amor, el hombre responderá económicamente por el hijo o la hija. En otras palabras, el amor, paradójicamente, se convierte en factor de riesgo para posibles embarazos y factor de desprotección para ITS.

Adicionalmente, el cumplimiento del acuerdo por parte de los hombres está condicionado por el tipo de mujer con la que hayan tenido la relación sexual: si es una mujer “de su casa”, recatada, o su novia; o si es una mujer “fácil” o que acaban de conocer, quien es considerada “lanzada”, o una “cualquiera”. Con estas últimas, los jóvenes no se sienten comprometidos a cumplir su acuerdo, pues se supone que la mujer no es digna de recibir su apoyo, ni han proyectado tener un hijo o una hija con ellas.

Por otra parte, cuando las relaciones sexuales se dan con parejas ocasionales o con mujeres de reputación cuestionada, la percepción de riesgo de ITS se aumenta considerablemente. Algunos hombres, incluso, usan condón, pero otros confían en que no les pasará por ser enfermedades poco comunes, y en cuanto al embarazo, ya saben cuál será su posición. Así, correr riesgos en el ejercicio de la sexualidad, no tendría mayores implicaciones para ellos.



Desde la perspectiva de los hombres, escolarizados o no, en una relación sexual con una pareja casual, aunque hay mayor percepción de riesgo especialmente de ITS, no se habla sobre temas de protección, pues se asume que la mujer es quien debe protegerse o debe tener la información y experiencia que, de hecho, la lleva a involucrarse en este tipo de relaciones y que, precisamente por esto, ella asumirá sola los riesgos que de la relación no protegida se deriven, puesto que una mujer que decide tener relaciones casuales y sin compromiso, no es digna de ser respaldada.⁸

De ahí que una necesidad de las mujeres que se pone como condición para acceder a tener relaciones sexuales y si éstas serán con o sin protección, y que por tanto se convierte en elemento a negociar, es la seguridad afectiva y su propio prestigio. Para las mujeres es importante sentir que sus relaciones no son únicamente por placer, sino por amor, factor fuertemente relacionado con su reputación y que produce efectos similares, en términos de percepción del riesgo o aceptación de relaciones protegidas o no. Los jóvenes, ante esta demanda afectiva de las mujeres, se ven obligados a prometer que se van a quedar con ellas, que se casarán o vivirán juntos en caso de un embarazo, y que no tendrán más parejas mientras dure su relación. Para ellos, tener relaciones sexuales por placer o por amor, no constituye obstáculo para decidir llevarlas a cabo, lo que sí es importante es la posición que asumirán después de la relación que estará determinada por los factores mencionados anteriormente.

Comunicación, punto de partida o resultado de una relación asociarse

Hablar de comunicación en sexualidad para las y los adolescentes siempre es percibido como una forma de protección desde los discursos formales de la misma. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la sexualidad sigue siendo un tema tabú para muchos y muchas adolescentes, quienes aún teniendo relaciones sexuales, sienten

8 Doble moral asociada a las mujeres que las clasifica en buenas (las unas: madres, esposas, hijas y hermanas) y malas (las otras: amantes y prostitutas), que puede relacionarse tanto con el embarazo como con las ITS. En el caso de las ITS en general y del VIH/SIDA en particular, éstas han pasado a ocupar un simbolismo y unos significados particulares, como señala Pravaz; están inscritas en los "otros" sociales tales como los "homosexuales, adictos o prostitutas" (por lo que se)... transforma la enfermedad y el "riesgo" en personas diferentes, particularmente dañinas y contagiosas, quienes amenazan los límites del ser "saludable". PRAVAZ, N. *Contested Meanings of the Notion of Risk: The Problem of AIDS Prevention*. Trabajo de tesis para obtener el grado de MSocSc., Graduate Programme in social Anthropology York University, North York, Ontario, 1995.



que podrían ser juzgados al hablar abiertamente con sus parejas sobre estos temas. Por ejemplo, se considera que los hombres pueden ser vistos como morbosos o depravados y las mujeres como lanzadas o con mucha experiencia, por lo que prefieren no hablar abiertamente de estos temas o decir que no les gusta hablar de sexualidad.

El hecho de que las mujeres pretendan no tener información sobre sexualidad como una forma de proteger su prestigio y una forma de mantener el respeto de su pareja, es preocupante, pues conceden toda la autoridad al hombre para que sea él quien tome las decisiones, limitando enormemente su capacidad para decidir el curso de su propia vida, lo que constituye un signo de dependencia y una actitud de espera hacia las decisiones ajenas.

Entre las y los jóvenes no escolarizados se maneja la idea que mientras más se hable de sexualidad y, por tanto, más se entre a negociar con la pareja, menos probabilidades habrá de tener la relación sexual. Se entiende que el contexto es bastante adverso a que los y las jóvenes sostengan relaciones sexuales, darle demasiados rodeos a la relación sexual es crearle más obstáculos de los que ya de hecho tiene. En el más extremo de los casos, se afirma que “el que mucho habla, poco hace”, o que si se habla mucho y se piensa mucho, “no se termina haciendo nada, porque uno se llena de miedo por las consecuencias de la relación sexual”.

En estas apreciaciones se puede notar cierta percepción del riesgo, pero ante la imposibilidad de hacer algo preventivo (sea porque no tienen disposición inmediata de métodos, porque no los ven necesarios, porque confían en que nada pasará o porque tienen miedo a los efectos secundarios de los mismos, o ante la sensación de impotencia -pensar en el gasto emocional que puede suponer para una mujer insistir en la protección o persistir en negociar-), prefieren ignorar el riesgo como una forma de allanar los obstáculos para tener la relación sexual.

Dada la presencia de miedos, inseguridades y porque consideran que es un momento que quisieran pasar rápido, la comunicación en pareja es casi inexistente en los casos de la primera relación sexual. Por el contrario, se observa más facilidad de diálogo cuando llevan más tiempo juntos teniendo relaciones sexuales, y principalmente cuando ya tienen un hijo o una hija en común. Sin embargo, también es sabido que a mayor tiempo de relación, mayor percepción de conocimiento mutuo, mayor confianza y, por consiguiente, menor comunicación.

Se considera que hablar de sexualidad es algo muy privado para compartirlo con cualquier persona, por lo que estos temas deben ser reservados a las parejas formales. De hecho, una de las formas de protegerse de murmuraciones negativas por parte de la pareja o del entorno, consiste en no hablar de la vida sexual con nadie.



Podría decirse, entonces, que hablar abiertamente de sexualidad, factor que se ha considerado de protección frente a embarazos e ITS, no es usual, pues así no se corre el riesgo de “andar en boca de todo el mundo”, asunto suficientemente reforzado por los padres y madres y altamente valorado en el caso de las adolescentes, lo que reduce la posibilidad de establecer redes de apoyo entre amigos y amigas para hablar de sexualidad como forma de protección.

La feria de las ilusiones

Respecto a una relación más formal de noviazgo, los hombres escolarizados perciben que hay mayor confianza para hablar de temas de sexualidad y abordan por iniciativa de las mujeres temas como riesgo de embarazo, uso de métodos, relación de pareja y amor después de la relación sexual, y sienten que es un espacio de mutuo aprendizaje. Sin embargo, algunas mujeres perciben que en una relación formal es más difícil abordar estos temas, porque se avergüenzan de tratarlos y temen dar la imagen de mujeres lanzadas que se caracterizan por hablar de sexo abiertamente, pues posiblemente con esta actitud pueden perder a sus parejas más adelante.

Podría hablarse de inexistencia de la percepción de riesgo de ITS, que se ve minimizada muy seguramente por el amor romántico. Las ITS constituyen un tema que definitivamente no se negocia ni en parejas de amigos, ni en parejas casuales, ni mucho menos en parejas formales. En primer lugar, los y las jóvenes se muestran con pocas habilidades para abordar estos temas y generalmente piensan que sólo se pueden abordar directamente con preguntas tan prosaicas como “oiga, ¿usted tiene sida?”. En segundo lugar, dado que se perciben como monógamos con su pareja actual, no hay una percepción del riesgo en tanto no hay una noción del pasado sexual de sus parejas, ni de sí mismos.

No se podría hablar de inexistencia de riesgo de embarazo, pues ante el mayor conocimiento de sus parejas, confiadas en el amor mutuo y con una especie de pacto sexual legítimo donde ellos responderán por un posible embarazo, muchas mujeres jóvenes corren el riesgo de relaciones sexuales no protegidas aun ante la inminencia de un embarazo.

Asimismo, creencias como que un hijo o una hija pueden consolidar la relación y acercar a la pareja, posibilitando una unión o matrimonio, o permitiendo salir del hogar paterno o materno, llevan a que hombres y mujeres jóvenes decidan correr el riesgo de un embarazo, ya sea no usando anticonceptivos, usando el coito interrumpido o subvalorando las consecuencias de la relación no protegida.



Desde la experiencia de las mujeres jóvenes, se relata que es una buena opción tener un hijo o una hija del hombre que aman. Por su parte, los hombres jóvenes, especialmente los no escolarizados, de 16 a 19 años, relatan su deseo de tener un hijo o una hija con la pareja actual, e incluso la alegría que les ha producido alguna evidencia de embarazo en sus parejas como un retraso menstrual. Es notorio cómo en las parejas más estables el tema de la negociación se circunscribe a la asunción de responsabilidades por un posible embarazo y no necesariamente en su prevención.

Los relatos tanto de hombres como de mujeres e independientemente de su escolaridad, dejan ver cierta idealización de la maternidad y la paternidad, que legitima su ejercicio a edades tempranas, con ideas como que la menor diferencia de edad entre padres e hijos hará que las relaciones sean menos difíciles que las que ellos mismos han establecido con los suyos. Para otros, esta situación al menos será vista como uno de los procesos normales de la vida de un ser humano que se deben cumplir y que se sabe se encuentran sustentados en el contexto sociocultural.

De hecho, la posibilidad de demostrar que son capaces de ser padres o madres, les dará la posibilidad de mostrarse como individuos maduros, autónomos e incluso adultos y de dar el supuesto “salto a la adultez”, la madurez y por supuesto a demostrar que, contrario a lo que se piensa de ellos y ellas, son lo suficientemente responsables.

Estos acuerdos no se basan en realidades objetivas, ni en una real consideración de los diferentes beneficios y obstáculos para hombres y mujeres de tener hijos e hijas en la adolescencia. Las mujeres jóvenes, por ejemplo, no consideran que, en muchas ocasiones, la maternidad es una forma clara de control sobre ellas. Los relatos de las mujeres jóvenes que ya son madres, muestran cómo, a esta idealización inicial, sigue muchas veces el segundo embarazo no planeado, las dificultades para encontrar empleo estable, el cambio en los roles especialmente para las mujeres y la violencia entre la pareja,⁹ condiciones que se convierten en menores posibilidades de tener poder en futuras negociaciones sexuales con su actual pareja o con otra.

9 Uno de los vacíos importantes de información en el país, está referido a la magnitud y las características de la violencia entre parejas (formales o no) de adolescentes. Llama la atención las formas de violencia en las parejas de jóvenes, que van desde la presión y el silencio, hasta violencia psicológica y física, relatada por las mujeres jóvenes que vivían en pareja en el momento en que fueron entrevistadas.



Independientemente del tiempo que lleven las parejas, conocerse es un factor bastante frágil si se tiene en cuenta que la conquista y la permanencia de la pareja se ha basado en el cuidado y la protección de valores tradicionales que se han asignado a mujeres y hombres. Por ello, es común que ante cualquier desacuerdo, las parejas estables hablen sin profundizar en el conflicto para no romper la ilusión de que se conocen demasiado o para evitar que el otro o la otra se moleste, pues varias jóvenes manifestaron tener miedo de la reacción de sus compañeros ante alguna situación indeseada por ellos.

Acompañan a la mujer los temores de perder su pareja o generar un malestar en él en caso de negarse a la relación, insistir por el uso de algún método en ese momento, desconfiar de que él no cumpla su promesa por utilizar el coito interrumpido, o que no vaya a asumir los costos del embarazo, lo cual obviamente la hace muy vulnerable a la hora de negociar. De hecho, es más común que las personas midan más las consecuencias emocionales, afectivas o sociales de las ITS o evalúen seriamente los costos sobre la pérdida de la pareja, a que hagan una consideración acerca de los efectos sobre su salud física.

Sin embargo, vale la pena recordar, como se dijo anteriormente, que aunque la percepción de riesgo de ITS sea alta en las relaciones casuales, el uso de condón es bajo, pues éste se encuentra directamente relacionado para ellos y ellas con la obtención o disminución de placer sexual. El uso del condón depende de la voluntad de los hombres, y su percepción es que los hombres verdaderos no se enferman, si lo hacen pueden enfrentarse a cualquier situación y si embarazan a su compañera serán lo suficientemente hombres como para responder o no por el mismo, y cualquiera de las dos respuestas les permitirá reafirmar su masculinidad entendida en sus términos más tradicionales. Algunos, especialmente hombres independientemente de su escolaridad y mujeres escolarizadas, afirman tener más confianza con sus amigas y amigos que con sus parejas estables para hablar de sexualidad. Dado que no están en proceso de conquista, pueden hablar de sexualidad sin miedo, hablan abiertamente sobre cualquier tema, es el espacio privilegiado para resolver dudas y para explorar su propio cuerpo y el de la otra o el otro.

La comunicación sobre sexualidad es más fluida entre amigos y amigas aunque este hecho no siempre conlleve una relación sexual. No obstante, paradójicamente, estos grupos son los que más incitan a correr riesgos debido a la puesta en práctica de los roles de género tradicionales: los hombres son presionados a



demostrar su hombría teniendo relaciones sexuales y el riesgo es la mayor evidencia de ello; para las mujeres, esta será la oportunidad de manifestar que “han dejado de ser niñas y se han convertido en mujeres”.

Los hombres, particularmente en la adolescencia y ante la presencia de modernos discursos sobre la igualdad de sexos, se debaten entre demostrar que son lo suficientemente machos sin serlo demasiado. De ahí que a través de los testimonios es posible detectar la co-existencia de masculinidades contradictorias en la experiencia de un hombre joven, las cuales serán expresadas de acuerdo con las circunstancias.

Por su parte, la rebeldía de las adolescentes puede considerarse una forma de resistencia política¹⁰ a seguir siendo sumisas, dulces, complacientes con los amigos para no perderlos y pasivas eróticamente, rasgos característicos de la cultura tradicional. Las jóvenes, afirma Debold “no pueden entrar en la cultura más que como mujeres (y como madres),¹¹ y esa experiencia es profundamente traumática”, no sólo por sus implicaciones psicológicas, sino porque ser así condiciona evidentemente el poder de negociación de las mujeres.

Diferencias, restricciones y posibilidades de un proceso de negociación sexual

Las negociaciones sexuales equitativas que propendan por la transformación de las relaciones de género, implican condiciones de posibilidad distintas a las descritas en este artículo. En la negociación entre personas de distintos sexos que socialmente parten lugares desiguales para la negociación, existe la posibilidad de que la consecución del objetivo, por ejemplo tener o no la relación sexual, sea en detrimento de las condiciones de la parte más débil que interviene en el proceso.

10 DEBOLD, Elizabeth y otras. *Del poder a la traición*. En. La revolución de las relaciones madre hija, España, Paidós, 1994.

11 Si todavía gran parte de la aceptación social de las mujeres está dada por el hecho de ser madres, no debería causar extrañeza que las adolescentes se embaracen como forma de lograr reconocimiento, especialmente en el caso de las adolescentes no escolarizadas, cuyas opciones vitales son todavía limitadas.



Agarwal muestra cómo las normas sociales “...fijan límites a aquello sobre lo cual se puede negociar; cómo son una determinante o una restricción del poder de negociación, y cómo afectan la manera en que se conduce el proceso de negociación”.¹² Asimismo, afirma que las normas sociales en sí mismas pueden estar sujetas a negociación y es allí donde están las posibilidades de transformación de las relaciones de género.

Así, para que el resultado de la negociación sexual sea equitativo desde el punto de vista de justicia de género, ambas partes deben tener la misma legitimidad para negociar el riesgo¹³ y la protección. El valor de lo que se quiere negociar debe ser equiparable para las partes y la fuerza, para hacer valer las posiciones, debe ser similar, pues de lo contrario el objetivo que se busca, el proceso y el resultado serán igualmente inequitativos, de esto dan cuenta los testimonios analizados. ♦



- 12 DEERE, Carmen Diana y LEÓN, Magdalena. *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Tercer Mundo, 2000.
- 13 El riesgo es social porque preserva los límites sociales, o sea actúa al nivel de las funciones reguladoras en las estructuras simbólicas establecidas a lo largo de las líneas divisorias de lo social. Como argumenta Douglas, la organización específica de un grupo social, determinará las formas en que sus miembros conceptualicen el riesgo. DOUGLAS, Mary. *La aceptabilidad del riesgo según las Ciencias Sociales*. España, Paidós, 1996. Sin embargo, las estructuras simbólicas no son simplemente un resultado o un reflejo de las divisiones sociales. El concepto de riesgo opera al nivel de las relaciones sociales, en la medida en que ellas son reguladas por una serie de discursos hegemónicos más amplios, tales como el clasismo, la xenofobia y el patriarcado, sumados al adultismo y al heterosexismo. PRAVAZ, N. *Contested Meanings of the Notion of Risk: The Problem of AIDS Prevention*. Trabajo de tesis para obtener el grado de MSocSc., Graduate Programme in social Anthropology York University, North York, Ontario, 1995.



FUNDACIÓN ALEJANDRO ÁNGEL ESCOBAR

Convocatoria 2004

A partir del 15 de enero de 2004 y hasta el 31 de marzo del mismo año estarán abiertas las inscripciones para los concursos de Ciencias y Solidaridad

Premios 2003

Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

Leishmaniosis: lo más profundo es la piel. Programa de Estudio y Control de Enfermedades Tropicales - PECET, Universidad de Antioquia, coordinado por Iván Darío Vélez Bernal.

Ciencias Sociales y Humanas

A sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia: 1946-1953, por Mary Roldán, investigadora colombiana, profesora de la Universidad de Cornell, Estados Unidos.

Medio Ambiente y Desarrollo

Papel de los churucos (Lagothrix lagothricha: primates atelidae) en la regeneración natural de los bosques en el Parque Nacional Tinigua, Colombia, por Pablo R. Stevenson, profesor de la Universidad de los Andes.

Solidaridad

Fundación para la Investigación Teatral Kerigma, de Bogotá.
Fundación Las Golondrinas, de Medellín.

JURADOS

Ciencias

Guillermo Páramo R., Jorge Arias de Greiff, Ana María Ibáñez, Jaime Restrepo Cuartas, Álvaro Tirado Mejía

Solidaridad

Adela Morales Benítez, María Clara Arboleda, Roberto León Ojalvo

Consulte los resúmenes de los trabajos ganadores en www.faae.org.co

Carrera 7 No. 71-52 Torre A Of. 406 • Teléfonos: 3120151 - 3120150 • Fax: 3120152
E-Mail: faae@faae.org.co • Bogotá, D.C., Colombia.

